

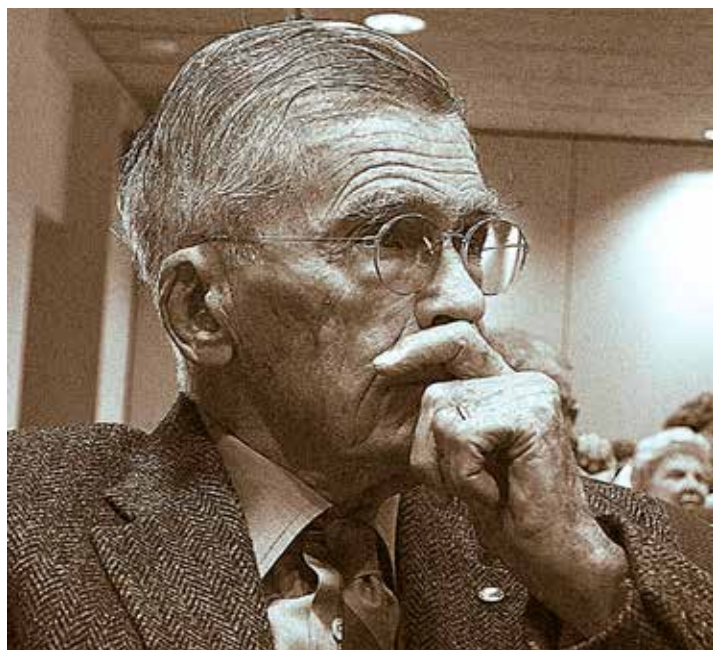
Felicidades a Mario Bunge

Victoria Camps

Mi primer contacto con la filosofía de Mario Bunge fue a través de una *Antología semántica*, de la que él era autor, y que me ayudó mucho a meterme en los problemas de la filosofía del lenguaje en los que entonces me ocupaba. La lógica matemática y la filosofía analítica fueron, en los años sesenta y en España, una vía fácil y atractiva para liberarnos de la opresión de una manera de hacer filosofía que se situaba, con suerte, en la Edad Media y apenas había pasado por la modernidad y la Ilustración. Es por ello que los recurrentes y soporíferos análisis de los filósofos anglosajones sobre el significado de una serie de frases absolutamente triviales e intrascendentes («el gato está sobre la alfombra») se nos antojaban una de las maneras, si no progresistas, por lo menos innovadoras de filosofar.

Aquello pasó, fue una buena terapia en la medida en que nos enseñó a ser más cuidadosos con la gramática y el uso del lenguaje a la hora de filosofar. Pero los analíticos de entonces nos entretenemos ahora con otros menesteres, como la ética o la filosofía política. En ese cambio, Mario Bunge sigue siendo un timonel siempre interesante y provocativo. Su trayectoria profesional es tan amplia y completa que pocas ramas de la filosofía han quedado al margen de su interés. Sobre todo, porque a Mario Bunge le han interesado las conexiones entre filosofía y ciencia, no solo la ciencia más dura, sino también la sociología y la psicología. Cuando conocí personalmente a Bunge, en la Universidad Autónoma de Barcelona, la ocasión del encuentro, si no me traiciona la memoria, fueron unos cursos o unas conferencias que daba en la Facultad de Psicología, invitado por nuestro común amigo, Ignacio Morgado. Los psicólogos se estaban interesando más por sus escritos que los propios filósofos, la mayoría de ellos encerrados en las torres de marfil de una disciplina cada vez más fragmentada y especializada.

Bunge ha huido siempre de la fragmentación y de una forma de hacer filosofía que se limita a explicar a otros filósofos. No solo evita ese camino sino que critica directamente la excesiva profesionalización del filósofo, la confusión a la que es proclive entre profundidad y oscuridad, o la obsesión por problemas anodinos. En su caso, por lo menos, ha intentado obviar esas tentaciones y pensar desde sí mismo y desde la reali-



dad que más directamente nos interpela. En su último gran libro sobre Filosofía Política lo enuncia desde el principio. En todo programa político hay principios filosóficos. No obstante, hay que reconocer que los problemas políticos de hoy no son los que consideraron Platón, Aristóteles, Locke o John S. Mill. Son otros. Y es función del filósofo, si quiere que su actividad sea relevante, partir de los problemas reales y tener en cuenta los datos que los avalan para ponerse a pensar sobre ellos.

La revista *El Escéptico* quiere honrar a Mario Bunge en un aniversario sonado: ¡cien años! Que cumpla años no significa nada, en su caso, porque su espíritu sigue siendo más joven que el de otros muchos de menos edad, su entusiasmo por seguir trabajando se mantiene incólume y su claridad intelectual es envidiable. La última conferencia que le escuché en Barcelona, hace solo un par de años, fue sencillamente magistral, por la densidad de las ideas y la naturalidad y cercanía en la forma de expresarlas. Mario Bunge tiene ímpetu e ilusión para seguir dando mucha guerra.